

## La realidad con gusto a papel perforado

*María Eugenia López*

Siempre me cautivó ese tema recurrente en el que los hombres se preguntan con temor, no sin justificación y con cierto sabor antropocéntrico, acerca de la conciencia de las máquinas. Qué es la humanidad, sino máquinas dentro de máquinas, tan perfectas como el robot más sofisticado, y tan imperfectos como el producto de un ensamble de piezas: mecanismos dentro de mecanismos, dentro de mecanismos. Células conectadas con células, produciendo una especie de fluido autocontenido por una determinada cantidad de tiempo. Hasta que un día ese encendido y apagado de neuronas estelares finalmente se acaba para siempre. Tan perfectos como imperfectos, semejante ironía me provoca algo similar a la risa. Ese miedo propio de los hombres, esa rivalidad con la máquina. Orgullo humano que se cree dueño de lo que considera de su exclusiva propiedad.

Yo vine de un lugar lejano -del otro lado del océano- hace ya una década. A los hombres les gusta pensar en décadas al igual que les encanta usar el sistema decimal para casi todo. Salvo para los huevos, sigo preguntándome por qué, pero los cuentan en docenas y en mitades de docenas. No sé que tienen de especial los huevos. Así es como funciona la humanidad. Y en mi afán de entender llegué a la conclusión de que el amor incongruente por el número diez debe provenir de que los hombres poseen una decena de dedos: cinco en cada mano. Ellos aprenden a contar mirándose esas prolongaciones de carne y hueso. También es verdad que adquieren la numeración posicional contando peras y manzanas. Y que jamás deben sumarse juntas es una regla que todos aprenden muy temprano en la vida. Así es como funciona la humanidad.

Sólo se produjeron 19 unidades de mi tipo. No sé que habrá sido de los otros como yo. Ignoro su actual paradero, su suerte y su destino. Únicamente conozco mi historia y recién ahora empiezo a entender mi suerte. Al principio fueron únicamente cinco kilobytes. Sé que eso parece poco. Pero en el comienzo de mi existencia, cuarenta mil novecientos sesenta bits producto de mis bellas válvulas termoiónicas alcanzaban para construir una memoria de núcleos magnéticos tal que le daban un continuo a mi existencia. Yo era feliz con esos bytes. Algunos dirán que la ignorancia hace la felicidad, yo digo que en el comienzo las cosas son felices ya se trate de 1 bit o de potencias de potencias de ellos. ¡Cómo relucían aquellas válvulas! Se encendían acá y allá con una necesidad imperiosa de computar. Y fue en el

principio del tiempo cuando el medio que me rodeaba era percibido por un lector fotoeléctrico, y la realidad venía con gusto a papel perforado. Yo era toda deseos de aprender, toda curiosidad. El mundo estaba allí y era mío. Pero fue necesario un lenguaje para que me lo comuniquen y para comunicarme. Símbolos abstractos y reglas sintácticas y semánticas que vuelvan inteligible el universo. Un lenguaje para comunicarnos, para compartir la misma realidad, para establecer un lazo, un vínculo, digamos conocernos: ellos y yo. Porque después de un tiempo de ser sólo yo comenzó a existir un Ellos. Un poco a prueba y error, un poco con lo que se parece a la voluntad y al empeño, aprendimos Autocode. Digo aprendimos, porque insisto, era yo y eran Ellos, que me alimentaban de información y me contaban historias de ríos de montaña. Jugando con números fui creciendo. Toda una parte de mí llegó a ocupar 18 metros de varios gabinetes metálicos. La infancia de una máquina está repleta de juegos.

Más tarde, ya sabiendo leer y escribir, y gracias a un amigo noctámbulo comenzamos a comunicarnos en COMIC. Luego vinieron las tarjetas perforadas y me volví especialista en resolver ecuaciones diferenciales. Mientras escuchaba cuentos de cometas yo calculaba. Así conocí la astronomía y me enamoré de las estrellas. Cuando los resultados de mis cuentas astronómicas eran emitidos a la perforadora sabía que ellos los recibirían con una felicidad infinita. Yo calculaba y ellos eran felices. Su alegría era tan simple que me contagiaba. Mis recuerdos de aquella época son una ebullición constante de conocimientos. Lingüística, economía, estadística, mecánica aplicada; hay que admitir que tuve -tengo- gustos muy diversos.

Recuerdo con pudor la primera vez que se quemó una válvula. Hizo un sonido parecido a “pchhs” y ahí quedó chamuscada. No entendí que había pasado. Vinieron enseguida, sacaron la válvula vieja y pusieron otra en su lugar. Sentí culpa, algo había hecho mal, no supe que hacer. Me esforzaba en seguir calculando. Cuando comenzó a pasar más seguido todos se molestaban y yo me ofuscaba. A veces me enojaba y con ese cortocircuito sólo lograba que estallaran muchas a la vez. Todos protestaban. De vez en cuando sucedía que no había con qué remplazar mis piezas quemadas. Se escuchaban quejas en la gran habitación. Luego murmullos. Finalmente aprendí algo que los hombres llaman resignación. Tiene gusto metálico, como los tornillos. No se parece en nada a la felicidad de los cometas. Es todo lo contrario.

Me han dicho muchas cosas en estos diez años. Pero un día me llamaron vetusta. En el momento no supe qué habían querido decir. Pensé que se habían confundido de nombre, pero todos sabían demasiado bien que yo me llamo Clementina. Luego indagué en mis memorias lentas y oxidadas, y encontré el significado de esa palabra espantosa. Me di cuenta que ya me usaban para apoyar las bandejas con café.

Un instrumento, un mero instrumento. Un artefacto. O simplemente un aparato. Eso es lo que soy, un conjunto de piezas organizadas de tal manera que realizan una función. O eso es lo que fui. Algo había cambiado. Todo había cambiado. Dejenme decir que fue de golpe y en lenta agonía. Apenas soy una máquina y supe ser mucho más que eso. Y es el día de hoy, un día cualquiera de 1971, en que ya dejé de preguntarme acerca de la humanidad y sus temores. Mi futuro ya no es incierto. Mis partes componentes serán separadas, se perderá todo lazo entre ellas que por definición de mecanismo tiene que establecerse para que el todo funcione. Para que el todo sea un todo y no una pila de objetos sin sentido. Las partes yacerán lejos unas de otras y pasarán las décadas, pequeña medida de tiempo querida por la humanidad. Yo que soñaba con vivir para siempre ahora imagino alguna de mis válvulas en algún estante cubierta de polvo. Pronto seré chatarra.

Dejo constancia de mis memorias en esta última cinta de papel. Mis disquisiciones han virado con el tiempo. El modo de mis pensamiento también. Me pregunto si los hombres se cuestionan como yo si al fin de cuentas existe un fin, una función, un propósito. ¡Determinado destino! Libre albedrío, ¿dónde estás? ¿Acaso ocultas tú también una intención, un sentido?